

RESEÑAS / REVIEWS

Lavielle, Julie. *Sociologie des mobilisations pour la mémoire en Colombie*. París: L'Harmattan, 2021, 384 págs.

La politóloga Julie Lavielle, autora de este libro, trabaja desde hace años sobre la memoria de los pasados y la apropiación de los lugares de memoria por parte de los grupos involucrados. En esta obra que reseñamos, resultado de las investigaciones finalizadas con la escritura de la tesis de doctorado en Ciencias Políticas, Lavielle nos ofrece una reflexión acerca de las políticas de la memoria en Colombia, las memorias conflictivas y las narraciones públicas del conflicto armado en contextos de violencia. Para sustentar dicha reflexión, la autora se inserta en el debate sobre los lugares de memoria (museos, casas de las memorias, monumentos, etc.) y lo vuelca en el campo del análisis sobre la violencia en Colombia y su narración pública a partir de los años noventa.

Según sostiene la autora, «la complejidad del conflicto armado colombiano y de las políticas que han intentado hacerlo cesar hacen que su puesta en narración sea difícil. La síntesis de los últimos sesenta años de este conflicto pone en evidencia la diversidad de los actores que han participado en este (guerrillas, narcotraficantes, Ejército, Policía, bandas armadas) y el enlace de múltiples dinámicas que llevan a la utilización de la violencia (los conflictos partidistas de la «Violencia», los movimientos revolucionarios y su represión, el narcotráfico, la delincuencia ordinaria) (pág. 22).

A partir de un minucioso trabajo de encuesta y de observación etnográfica llevado a cabo entre 2013 y 2015 en tres lugares de memoria (Medellín, Trujillo y Tumaco), se analiza la evolución de las prácticas memoriales sin dejar de lado la historia, los individuos y los actores sociales, políticos y religiosos que están detrás de dichos proyectos y sus contradicciones. Conforme a lo detallado por la autora, el Museo Casa de la Memoria de Medellín fue construido en 2011 por la alcaldía de la ciudad. Fue el primer museo público de la memoria del conflicto armado construido en Colombia, y presenta un relato de la historia de la violencia en Medellín y en la región de Antioquia desde 1920 hasta 2015, valorizando los testimonios de las víctimas y el discurso orientado a la promoción de los derechos humanos. El monumento de Trujillo fue construido en 2002 por la Asociación de Familiares de Víctimas de la masacre de Trujillo (AFAVIT) en homenaje a las víctimas de una serie de homicidios y desapariciones acontecidos a finales de la década de 1980. Finalmente, la Casa de la Memoria del Pacífico Nariñense de Tumaco, impulsada por la diócesis local, fue construida en 2013 por el Centro Nacional de Memoria Histórica, como homenaje a los asesinados por los paramilitares, las FARC y el ejército después de 2000.

Con su análisis, la politóloga trata de contestar a la pregunta que se halla en la base de esta investigación: cómo es posible proponer una narración pública de un conflicto armado que no ha cesado de hacer aumentar la cifra de los muertos. Otro desafío al que se enfrenta la autora es el de lograr proponer una narración situada en un contexto violento que determina la peligrosidad de ciertos relatos, precisamente por lo susodicho, y en la que los límites temporales entre pasado y presente son fluidos.

Esta obra se articula alrededor de algunos nudos y categorías cuya comprensión es sumamente relevante para conocer la historia y la actualidad de Colombia. Así, la autora nos hace entender la centralidad del papel de la *víctima*; es decir, la idea de cómo los testimonios de las víctimas se transforman en fuentes para la elaboración de una narración más o menos común y cómo alrededor de la misma categoría de víctima se construyen los museos orientados a representarla. Lavielle nos explica cómo a partir de los años noventa varios actores se movilizaron en nombre de las memorias de las víctimas y para la construcción de los lugares de memoria y cómo a estos les siguió el Estado colombiano a partir del comienzo de la década del 2000. De 2005 es la ley de Justicia y Paz promovida por Álvaro Uribe y de 2011, la 1448 (conocida como ley de víctimas), que crea el estatus de víctima.

En la misma línea de análisis se sitúa parte del trabajo de Lavielle a partir del caso específico de Medellín, enfocado a explicar cómo desde la definición del término «conflicto armado» se pasa a la utilización del término y la representación museística de la violencia que azota Colombia desde los años sesenta con un sentido más amplio y que propone abarcar un abanico más variado de tipologías de víctimas (págs. 192-194).

A lo largo del libro, estos nudos se entrelazan y a la vez se aclaran a través del excelente análisis que la autora desarrolla en seis capítulos y tres partes. Tras el prefacio de la catedrática Marie-Claire Lavabre y una introducción general, la primera parte del texto de la obra, «La constitution d'un sens commun de la mémoire en Colombie (1950-2010)», muestra los diferentes grupos sociales y las dinámicas que participaron de la construcción de una memoria común y de los lugares de memoria como instrumento de la acción pública en un contexto de creciente valorización nacional e internacional de una cultura de paz.

La segunda parte, «Normes, valeurs et pratiques de gouvernement de la mémoire», se centra en el estudio pormenorizado de la política de la memoria puesta en marcha por la alcaldía de Medellín, y alcanza a explicar cómo, conforme a lo propuesto por el museo, la producción de la memoria de los acontecimientos vividos en la ciudad permitiría avanzar hacia la paz. La autora destaca, entre otros, un par de elementos aclaratorios de este proceso: por un lado, hace hincapié en cómo el museo Casa de la Memoria se propone representar los diferentes puntos de vista sobre el conflicto armado; por otro lado, muestra cómo trata de representar todas las diferentes categorías de víctimas (incluidas las de hombres, mujeres, indígenas, afrocolombianos y niños, entre otras) desde una perspectiva diferencial para promover un «proyecto político, pedagógico y social, inclusivo y representativo, que contribuye a la transformación de las lógicas de guerra en prácticas más civilizadas» (pág. 175). Finalmente, se señala que el remedio propuesto para Medellín es un camino que pasa a través del diálogo y la escucha del sufrimiento de las víctimas. Todo ello es analizado con precisión y sentido crítico por Lavielle.

La tercera parte, «Le “souffle transformateur” de la mémoire au concret», trata de los efectos de las políticas de la memoria en dos municipios en los que el conflicto armado es todavía activo: Trujillo y Tumaco. Entre los diferentes elementos que emergen de los dos estudios, nos parece relevante poner de relieve

ve la importancia del relato propuesto en el monumento de Trujillo, es decir, un relato del pasado aún no compartido entre todos los actores locales. De otro lado, y por contra, lo acontecido en Tumaco es recordado a través de un registro diferente que parece satisfacer a varios de los actores del lugar. Cierran el libro las conclusiones generales, la bibliografía, las fuentes primarias utilizadas, los anexos y las tablas.

En suma, es indudable que se trata de un texto riguroso, desde nuestro punto de vista destinado a devenir una lectura de referencia para los estudiosos de la violencia en Colombia y de las políticas de la memoria en situación de conflicto activo.

Chiara Pagnotta
Universitat de Barcelona

Cagiao Vila, Pilar (ed.). *Diplomacia y acción cultural americana en la España de Primo de Rivera*. Madrid: Marcial Pons / Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2021, 222 págs.

Bajo ese título, la obra se centra en un eje privilegiado para observar esos dos conceptos centrales del título que son la diplomacia y la acción cultural en los años veinte del pasado siglo: la Exposición Iberoamericana, que abrió sus puertas en Sevilla en 1929. La Exposición fue el símbolo de cómo se vivieron en España los años de entreguerras: los planteamientos nacionalistas de la dictadura, sus objetivos de modernización económica, el afán de superar la desastrosa guerra de Marruecos y la búsqueda de nuevas vías para el futuro, entre ellas, el turismo —entonces incipiente—. Todo ello se aúna en la exposición y se focaliza hacia el impulso de una nueva relación con la América hispana.

Aunque aparezcan aspectos tangenciales, los capítulos de Juan Luis Carrellán y Manuel Andrés, que se ocupan de la prensa, la *Revista de las Españas* y la *Revista Comercial Ibero-Americana Mercurio*, respectivamente, abordan dos temas nucleares: el contexto ideológico y político de la Exposición y los objetivos de impulso comercial que tanto pesaban en la reorientación de la relación con Iberoamérica. El primer autor explica el anclaje de la Exposición en la política exterior española de los años veinte y la conexión entre la relación americana y la pretensión española de un puesto permanente en el Consejo de la Sociedad de Naciones: impulsando el americanismo España se impulsaba a sí misma. A partir de ahí, se despliega el refuerzo de la red diplomática española en Iberoamérica. A ese replanteamiento se suma la actividad cultural e internacionalista de la Junta de Ampliación de Estudios; como reseña Manuel Andrés, las más destacadas personalidades españolas viajaron a América para promover la cultura: Rafael Altamira, Vicente Blasco Ibáñez y Adolfo Posada. Ramiro de Maeztu sería el nuevo embajador en Argentina en 1928. A través de la figura de Manuel Ugarte, Andrés García observa el mismo fenómeno desde el otro lado, el interés creciente de algunos intelectuales y políticos de la América hispana por el fortalecimiento de los vínculos internos y con España como mecanismo

de defensa frente a la potencia del norte y su general injerencia. No obstante, al final la Exposición dará cabida preferente a los Estados Unidos, como se recoge en el libro.

A la relación con los Estados Unidos se dedican dos capítulos: el del viaje de los Huntington a España ese 1929, relatado por Rosario Márquez, y el de la presencia de esta potencia en la Exposición, por Palmira Vélez. Ambos textos inciden en el interés cultural por lo hispano y el surgimiento del turismo cultural peninsular. El primero se apoya sobre el precioso aporte de la correspondencia sostenida entre Anna Hyatt Huntington y su madre durante un viaje a la capital sevillana a la que la escultora dona su obra *El Cid*, que quedó colocada en la gran glorieta de acceso a los espacios de la Exposición, la glorieta de San Diego —la localización que hoy conserva— y la continuación del periplo hasta Madrid pasando por Trujillo, en cuya plaza se acababa de colocar la estatua ecuestre de Pizarro de Charles Cary Rumsey, a la que, por cierto, la escultora de *El Cid* dirige la más dura crítica, al igual que hizo con el *Colón* de Gertrude Vanderbilt Whitney en Huelva. Todo ello en el marco del interés de su esposo, el magnate, erudito y coleccionista, fundador de la Hispanic Society of America, Archer M. Huntington, por la historia y la cultura españolas.

El capítulo que Palmira Vélez dedica a la presencia de Estados Unidos en Sevilla se hace eco de la dificultad para encajar esa arrolladora presencia desde el planteamiento «iberoamericanista»; no obstante, se impuso la lógica de que ya no se podía ignorar el afianzamiento de la nueva potencia. Por ello, no solo estuvieron presentes, sino que lo hicieron en tres pabellones, uno de ellos dedicado al cinematógrafo, el séptimo arte que tan bien habría de definir la fusión yanqui entre cultura, economía y propaganda —en aquella sala, además, se escuchó por primera vez en Sevilla el cine sonoro—. Como la autora explica, por lo pronto aquella inclusión obligó a replantear el nombre mismo del evento: ¿«Hispanoamericana»? ¿«Iberoamericana»? ¿«Latinoamericana»? Una discusión que giraba sobre qué núcleo concedía mayor identidad a aquel conjunto de naciones.

Y ya entrados en las participaciones e identidades, Nieves Verdugo centra su atención sobre la singular situación de Huelva, cuna de los descubrimientos e invariablemente desplazada en el alcance de esa simbología. La autora reflexiona con acierto sobre el peso —incluso hoy— de esa historicidad en la idiosincrasia provincial y observa la declarada rivalidad entre las dos entidades representativas, la Sociedad Colombina y el Club Palófilo, en el interés de prolongar el espacio expositivo sevillano hacia los enclaves colombinos como una promoción turística y económica provincial, algo que se consigue muy limitadamente, al incluir una visita de los comisarios de los pabellones americanos al Monasterio de Santa María de la Rábida en marzo de 1930.

La indagación sobre las presencias de Perú, Uruguay y Cuba en Sevilla conduce a sus respectivas autoras —Ascensión Martínez Riaza, Pilar Cagiao Vila y Ruxandra Guillama Camba— a exhaustivas investigaciones sobre la situación interna de las tres repúblicas y sus regímenes autoritarios, las relaciones bilaterales, el alcance de los intereses económicos y las proximidades identitarias y culturales y, lógicamente, los avatares de todo tipo que surgieron durante un camino improbable que, no obstante, culminó en la erección de tres soberbios edi-

ficios, que representaron con acierto la simbiosis histórica y alojaron inapreciables joyas histórico-culturales.

En el caso del Perú, Martínez Riaza pormenoriza las razones políticas del interés del presidente Augusto B. Leguía, pero, sobre todo, las nada fluidas relaciones entre la diplomacia de aquel país en la península, y los miembros de la Legación en Madrid y el Consulado de Sevilla. La coordinadora, Pilar Cagliao, presenta una documentada investigación sobre el alcance de la participación uruguaya, enmarcada tanto en los replanteamientos de la diplomacia entre ambos países, como en el peso de la gran burguesía hacendada de origen hispánico —y gallego— en el Comité de concurrencia. Tras la superación del 98, como apunta Guillama Camba, el pabellón de Cuba venía a ser el escenario de un reencuentro, que, además, lo fue también entre dos autoritarismos y sus actores, Machado y Primo de Rivera.

Al margen de todo ello, el libro incluye el análisis de las relaciones bilaterales y el papel de la diplomacia entre España y un país que no compareció en Sevilla: Paraguay. El país se precipitaba hacia la guerra del Chaco frente a Bolivia (1932-1935) y el autor, Philip D. Webb, estudia la intensa labor desplegada por el conjunto del cuerpo diplomático paraguayo en España, así como lo que él llama una guerra de propaganda en los años inmediatos. Al final, las mediaciones españolas no sirvieron de nada, porque España no participó en las negociaciones de paz.

Finalmente, la salida y muerte del dictador Primo de Rivera y la inestabilidad de la política española provocaron el declive de la exposición, aun antes de su cierre. Del relanzamiento económico no quedó nada: deudas para la ciudad y los participantes, que tal vez podamos simbolizar en el cierre de los pabellones; los impagos; y el silencio de las valiosas piezas que en su día asombraron a los visitantes y después permanecieron almacenadas en el olvido, por ejemplo, en los sótanos del pabellón del Perú hasta su repatriación, en 2013. Todas estas conclusiones se fueron alcanzando, respectivamente, en cada capítulo, pero tal vez, aun a riesgo de que suene repetitivo, habría sido deseable cerrar el conjunto de la obra presentando el resultado de todo este esfuerzo en unas consideraciones finales.

Encarnación Lemus
Universidad de Huelva

García Jordán, Pilar. *Relatos del proyecto civilizatorio en Guarayos. Para la representación de guarayos y sironós, 1825-1952.* La Paz: Instituto Francés de Estudios Andinos / Plural Editores, 2019, 340 págs.

La prolífica historiadora Pilar García Jordán, en su *Relatos del proyecto civilizatorio en Guarayos*, nos ofrece una novedosa reflexión sobre las tierras bajas bolivianas y los sujetos que actúan en ellas. Las investigaciones anteriores de la autora relativas a la historia de Bolivia han sido objeto de numerosas y exitosas publicaciones. En esta ocasión, García Jordán propone una interpretación de la

configuración del Estado boliviano a partir de las dinámicas propias y cambiantes que se crean en la actual provincia de Guarayos durante buena parte de su historia republicana, entre 1825, año de independencia de Bolivia, y 1952, año de acceso al poder del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR).

El libro se desarrolla a través de un recorrido histórico-temático, cuyo hilo conductor es la representación del territorio amazónico y de sus habitantes hecha por parte del Estado boliviano y sus grupos dirigentes, las capas medias y los sectores populares blanco-mestizos, además de científicos, misioneros y viajeros en general que pasaron por la región. Como bien pone de relieve la autora en su introducción, «la dificultad cuando no la imposibilidad de la sociedad blanco-mestiza boliviana de nombrar, percibir y representar a las poblaciones indígenas de las tierras bajas como bolivianas» (pág. 19), justifica la elección del tema y el desarrollo del análisis histórico, socioeconómico, político y finalmente histórico-cultural a lo largo de esta y otras obras anteriores de la autora que estudian el territorio susodicho.

La hipótesis central propuesta por García Jordán en la introducción es que varios viajeros (en sentido amplio) europeos del siglo XIX —los que Pratt define como «vanguardia capitalista» (Pratt, 2010 [1992])— elaboraron y difundieron un relato del territorio y de las poblaciones indígenas (guarayos y sironós) fundamentalmente civilizatorio que preveía (o auspiciaba) la transformación de esas poblaciones en ciudadanos productivos útiles al progreso de la sociedad boliviana de la época. La autora pone de manifiesto cómo tal visión fue progresivamente asumida por los grupos dirigentes bolivianos y llegó a permear casi toda la sociedad hasta mediados del siglo pasado.

Por lo que concierne de manera más específica a los grupos indígenas del territorio objeto de estudio, es importante matizar que Pilar García Jordán pone de relieve, a lo largo de todo el texto, el tema de la construcción de las representaciones, de los imaginarios y sus cambios en el devenir histórico y alrededor de las categorías de civilización/barbarie/salvajismo/otredad atribuidas a los grupos guarayo y sironó en diferentes contextos y momentos. En este ámbito, hay que destacar la serie de grabados, fotografías y planos que acompañan el texto escrito y sustentan, como fuentes documentales, el análisis del territorio y de sus pobladores.

La primera parte del libro abarca el período entre 1825 y 1880. En este apartado, «Algunas consideraciones históricas sobre Bolivia y Guarayos entre 1825 y 1880», los relatos civilizatorios presentados constituyen y construyen las primeras imágenes contemporáneas de la época acerca de la región y de sus habitantes indígenas. Concretamente, se trata de las representaciones elaboradas y difundidas por el famoso naturalista-viajero francés Alcide d'Orbigny, que configuraron la idea de Bolivia como un país rico en recursos, cuya explotación debía permitir alcanzar la deseada modernización, y, desde un punto de partida más religioso, también de los relatos de varios misioneros —principalmente franciscanos— que actuaban en el territorio, como Francisco Lacueva, José Cors y Manuel Viudez.

La segunda parte del libro, «Guarayos en el contexto de la nacionalización de los orientes bolivianos, 1880-1926», desarrolla el análisis en el contexto de

la consolidación del Estado-nación boliviano — que la autora hace coincidir con el proceso de nacionalización del territorio oriental—. Las representaciones presentadas son llevadas a cabo por actores foráneos, como los viajeros, científicos y aventureros que visitaron el país en ese período; entre ellos, el italiano Luigi Balzan, el español Ciro Bayo, el alemán Theodor Herzog y el sueco Adolf Erik Nordenskiöld. También europeas son las miradas y las representaciones llevadas a cabo por los religiosos, ya fueran los misioneros que desarrollaron sus labores entre los guarayos, o bien los que visitaron las misiones enviados por la comisaría general franciscana o por la Santa Sede. Otras tipologías de representaciones que encuentran cabida en este apartado son las llevadas a cabo por actores sociales y políticos, tanto bolivianos como cruceños, cuya postura analiza la autora a través del estudio pormenorizado de la prensa, las memorias y los folletos de la época, entre otros, para llegar a poner de manifiesto la representación propuesta y difundida entre la opinión pública del momento.

La tercera parte, «Guarayos. Del régimen misional a la “administración del Estado” para la “incorporación de los pobladores indígenas al control efectivo de la Nación”, 1926-1952», abarca desde el cuestionamiento de las misiones y la secularización de estas (1939) hasta el acceso al poder del MNR (1952), que promovía la transformación de las poblaciones indígenas en campesinas. En esta parte podemos encontrar las representaciones elaboradas por actores locales y europeos que viajaron a la zona a partir de la década del 1920, cuando el debate sobre «la cuestión del indio» y su papel en la sociedad boliviana (y americana en general) alcanzó un lugar de primera importancia. García Jordán nos muestra a lo largo de toda la obra cómo este debate se trasladó a un plano local y contribuyó a forjar la imagen de los guarayos desde su consideración como «semi-salvajes» y «bárbaros muy mansos» (pág. 246) hasta «selvícolas», «exselvícolas» y, finalmente, «colonos» (pág. 251). Y estudia también las modificaciones en la representación de los sironós, que, paralelamente a la construcción de los guarayos como sujetos «en vías de civilización» en las últimas décadas del siglo XIX e inicios del siglo XX, acaban encarnando el arquetipo del *salvajismo* y el *primitivismo*.

En suma, se trata de una lectura imprescindible para la comprensión de Bolivia en su devenir histórico y en su relación con Europa, sin descuidar la que se produce con las otras Bolívias, esto es, las ubicadas en las tierras bajas del país.

Chiara Pagnotta
Universitat de Barcelona